

tantino, jefe de los liberales rusos. Pero era demasiado tarde para calmar los ánimos con simples reformas administrativas. Al llamamiento del gran duque, los nobles respondieron pidiendo la reunión en un solo cuerpo de todas las antiguas provincias polacas, y luego, los exaltados atentaron á su vida y á la de Wielopolski. Las medidas de represión volvieron á empezar. Una de ellas consistió en restablecer el reclutamiento suprimido desde la guerra de Crimea, arrebatando por diez y seis años los jóvenes á su familia y á su patria. Odiosa esta medida de suyo, lo fué mucho más por el modo de ser ejecutada: en la noche del quince de Enero de mil ochocientos sesenta y tres, entre una y ocho de la mañana, los soldados allanaron las casas llevándose «á los individuos que más se habían señalado en los últimos acontecimientos» y encerrándolos en la ciudadela. Parte de las víctimas designadas, avisadas á tiempo, huyeron á los bosques y formaron las primeras partidas, con que empezó la insurrección.

No podía tener ésta el mismo carácter que en mil ochocientos treinta y uno, cuando Polonia insurrecta disponía de un ejército regular, de ciudades y de arsenales. En mil ochocientos sesenta y tres, no parece que hubo nunca, en Polonia y Lituania, más de ocho mil insurrectos, divididos en varios bandos, que lejos de dar la cara á los rusos, siempre más numerosos que ellos, se sustraían á su persecución, merced á la espesura de los bosques, á la complicidad de la población y á los funcionarios, naturales del país.

¿Cuál fué, frente á suceso tan grave, la actitud de las principales potencias europeas? El gobierno inglés, que hacía varios años no desaprovechaba ocasión de expresar su simpatía por la causa polaca, se declaró desde luego á su favor, en lo que estuvo hábil, porque además de satisfacer á la opinión de su país, esperaba arrastrar con su ejemplo al gobierno francés á manifestaciones parecidas, que alterarían necesariamente la buena inteligencia de éste con Rusia. No se vaya á creer por esto que el gabinete de Londres quisiese devolver á Polonia la independencia, no; se limitaba á invocar á favor de ésta los tratados de mil ochocientos quince, en parte por constarle que les tenía horror Napoleón III. El gobierno austriaco, el organizador de las matanzas de mil ochocientos cuarenta y seis é implacable confiscador de Cracovia, daba el singular espectáculo de favorecer paladinamente la insurrección polaca, que, á juicio de sus agentes, se alimentaba, y debía alimentarse durante mucho tiempo aún, en Galicia. Pero estas manifestaciones no eran sinceras. ¿Cómo podía sostener la política de las nacionalidades en Polonia el Estado que, en virtud de dicho principio, habría perdido su dominación sobre Hungría y sobre Venecia? Lo que el ministro austriaco, Rechber perseguía, simulando favorecer la insurrección polaca, era, en primer término, recordar á Rusia el disgusto de Austria y suscitarle el deseo de recobrar su amistad; después, despertar en Napoleón III la esperanza de una alianza contra el Czar para la restauración de Polonia, con el pérfido intento de hacerle perder la consideración de Alejandro II.

La corte de las Tullerías no sabía qué hacerse. No se le ocultaba el lazo que le tendían Austria é Inglaterra, y teniendo esto presente, se propuso perseverar en la actitud que sostuviera en mil ochocientos sesenta y uno y mil ochocientos sesenta y dos, absteniéndose de alentar á los patriotas polacos con manifestaciones públicas de simpatía. Conforme á estos propósitos, el ministro de Estado, Billault, declaraba el cinco de Febrero, en el Cuerpo legislativo, no ver en el movimiento polaco otra cosa que una explosión revolucionaria, palabra que en sus labios era casi sinónima de criminal. Pero Francia entera se levantaba en vuelo fraternal á favor de Polonia. La oposición democrática defendía la causa de aquel desgraciado país en nombre de la libertad; la oposición clerical, en nombre de la religión católica, y ambas eran coreadas por periódicos de todos los matices. Los alistamientos y las suscripciones se multiplicaban; el grito ¡Viva Polonia! resonaba de uno á otro confin del país. Solicito de su popularidad, Napoleón III no podía sustraerse por completo á aquel arrollador empuje. Como medio de satisfacer hasta cierto punto á la opinión pública sin llegar á ofender al Czar, Drouyn de Lhuys le aconsejó mover cuestión no á Rusia, sino á Prusia.

Esta última potencia, que tenía ya al frente de su gobierno al político más previsor y más resuelto de Europa, el conde de Bismarck, supo adoptar una posición más definida que Austria y que Inglaterra. Encadenar Alemania á Prusia era ya el supremo fin de este ministro, y para lograrlo en su día, necesitaba captarse la adhesión de los Estados alemanes y el apoyo de Rusia. La eterna, la insoluble cuestión de los ducados daneses le suministró, desde el principio de su ministerio, ocasión de agradecer á los primeros.

No contenta la Confederación germánica con que Federico VII de Dinamarca hubiese suprimido la Constitución común en las provincias de Holstein y Lauemburgo, pedíale, en Agosto de mil ochocientos sesenta y dos, sustituirla por un régimen que habría subordinado en el reino la mayoría escandinava á la minoría alemana y, por consiguiente, á la Confederación. Segura ésta de que Federico no se sometería á sus exigencias, tendía desde ésta época á separar por completo de Dinamarca no solamente el Lauemburgo y el Holstein, mas también el Sleswig, que si no pertenecía á la Confederación, era parte de su población alemana. El partido de la *triada*, dirigido por los Beust, los Pfordten y los Dalwick, soñaba con reforzar en Alemania el grupo de los Estados secundarios, no sin halagar el orgullo y el patriotismo teutónicos, reuniendo los tres ducados en un solo principado, independiente de la corte de Copenhague. Bismarck, pensando que los tres ducados redondearían admirablemente á Prusia y aumentarían sus medios de acción sobre el mundo germánico, adoptó la doble táctica de alentar á los Estados secundarios de Alemania en su cruzada contra Dinamarca y hacer creer á Europa que se esforzaba, al contrario, por retenerlos. El día en que, gracias á la *triada*, estallase la guerra, sabría conducirse de manera que todo el beneficio fuese para Prusia. Mas, para ello, necesitaba

asegurarse el apoyo ó la benévola neutralidad de las grandes potencias que habían firmado con Prusia el tratado de Londres.

Era de temer la hostilidad de Inglaterra, por no convenirle que se formase entre el mar Báltico y el del Norte una potencia marítima temible. Para neutralizar esta oposición, Bismarck podía recurrir á Francia; pero preveía que la alianza francesa podría costarle á Alemania las provincias rhenanas y que el patriotismo germánico no le perdonaría haberse congradado con Napoleón. Respecto de Austria, el partido de la Cruz, que había empujado á Bismarck al ministerio, deseaba que no ejecutase nada sino de acuerdo con esta potencia. Bien sabía Bismarck que no le faltaría el apoyo de la corte de Viena en caso de guerra contra Dinamarca; pero tampoco se le ocultaba que Austria se asociaría entonces á Prusia, menos para secundarla que para contenerla é impedir que se apropiase por entero los despojos del vencido.

La potencia cuyo concurso juzgaba Bismarck indispensable era Rusia: con su apoyo, no era de temer la oposición de Inglaterra, ni mucho menos la de Suecia, que se mostraba inclinada á defender á Federico VII. Ciertamente que el gabinete de San Petersburgo había sostenido siempre al de Copenhague en su lucha con Alemania; pero su empeño capital en este instante era reprimir la insurrección polaca. Ayudarle en esta tarea, y ayudarle sin tardanza, resúeltamente, á la faz de Europa, era medio infalible de asegurarse una reciprocidad que facilitaría á Bismarck la ejecución de sus designios. He aquí por qué Prusia, á fines de Enero de mil ochocientos sesenta y tres, ofreció su concurso á Rusia, para reducir á la obediencia á los infortunados polacos, y se comprometió, por la convención de ocho de Febrero, á cooperar activamente, caso de necesidad, á reprimir el movimiento, aquende ó allende sus fronteras, y permitir á las tropas rusas penetrar, si fuese preciso, en su propio territorio.

Este arreglo fué duramente juzgado por Europa, interesada casi toda ella en la causa polaca. El gobierno francés, que no se atrevía á romper con Rusia ni podía dejar de mostrar simpatía por el pueblo insurrecto, creyó hallar en este convenio medio de salir del paso, emprendiendo contra Prusia una campaña diplomática y trabajando por interesar en ella á Inglaterra y á Austria. Esto fué lo que Drouyn de Lhuys aconsejó á Napoleón III. Al principio, la cosa marchó bien: los gabinetes de París, Londres y Viena dirigieron representaciones muy vivas al de Berlín. Mas luego, cuando el primero trató de obtener de los otros dos una inteligencia formal para una acción común y, sobre todo, medidas de ejecución eventuales, Drouyn de Lhuys se quedó solo. Inglaterra y Austria se dieron por satisfechas con las explicaciones equívocas que les dió Bismarck, y se esforzaron más que nunca en arrastrar á Napoleón III, que no había podido engañarlas, á una agresión diplomática contra el Czar.

Por nada del mundo quería verse el Emperador de los franceses en trance semejante.

Pero ¿cómo evitarlo! La insurrección polaca, que esperaba se hubiese desvanecido como humo de paja, adquiría de día en día más extensión é intensidad. Su centro era Varsovia, donde el gobierno oficial era tenido en jaque por un gobierno oculto, una junta de cinco individuos, titulada gobierno nacional, que se reunía en un salón de la Universidad, publicaba con regularidad cuatro periódicos, levantaba contribuciones de guerra, cerraba teatros é iglesias, prescribía lutos generales y mantenía constantes relaciones con los jefes de las partidas. Sus órdenes eran mucho más obedecidas que los decretos de los rusos, sostenidos por un ejército entero. Con verdad decía el conde de Berg al gran duque Constantino, al darle cuenta de la inutilidad de sus pesquisas: «He descubierto que, fuera de vuestra Alteza imperial y de mí, todo el mundo forma aquí parte de la junta.» Esta pujanza de la revolución polaca sugirió al Emperador de los franceses la mala idea de dirigirse al Czar, rogándole reconstituir el reino de Polonia á favor de su hermano Constantino. Alejandro II rechazó la proposición con tal altivez, que Napoleón III, sintiéndose lastimado en su dignidad y en su orgullo, cedió á la tentación de restaurar el reino de Polonia por sí, á pesar del Emperador de Rusia. Su imaginación, propensa siempre á las combinaciones más vastas y quiméricas, forjó de repente un plan, que solamente comunicó á los que habían de ayudarle á realizarlo. Debrauz de Saldapenne, uno de los agentes de su diplomacia secreta, partió el ocho de Marzo para Viena, donde cuatro días después fué á unirse al príncipe Ricardo de Metternich, embajador de Austria en París, con el encargo de ofrecer á Francisco José la alianza de Napoleón III. Reconstituir á Polonia; devolver á Austria, á cambio de Galicia, que perdería, Silesia, que se quitaría á Prusia; adquirir Austria, por la cesión de Venecia, parte de las provincias turcas situadas en el litoral Adriático, indemnizándose á la Puerta con la Circasia, que se tomaría al imperio ruso: tales eran las condiciones. Francisco José ni aceptó ni rechazó la alianza, con lo que alimentó en Napoleón la esperanza de que su plan sería un día ejecutado. Mecido en estas ilusiones, discurrió el Emperador francés, viendo á la insurrección ganar terreno, que lo importante, mientras tanto, era darle vida, porque de los progresos de aquélla dependía la decisión de Austria favorable á sus designios; y en esta conclusión le confirmaba la circunstancia de hallarse próximas en Francia las elecciones generales, en las que sostener á Polonia era el medio más eficaz de ganar popularidad y votos.

Por todos estos motivos, Napoleón III se metió de lleno en la emboscada que le tendían hacía tiempo Palmerston y Rechberg. Á principios de Marzo, el gabinete de Londres invitó á las cortes europeas á dirigirse al Czar, recomendándole los derechos de sus súbditos insurrectos: Francia y Austria aceptaron la proposición de Inglaterra, y el diez de Abril, cada una de estas tres potencias dirigió oficialmente á Rusia la nota á favor de Polonia. El gobierno inglés invocaba, para justificar su intervención, los tratados de mil

ochocientos quince, desconocidos desde mil ochocientos treinta y uno; el francés, abarcando la cuestión en toda su generalidad, defendía la causa de las nacionalidades y reivindicaba los derechos, no solamente del reino creado en otro tiempo por Alejandro I, sino de todas las antiguas provincias polacas; el austriaco, manteniéndose en un término medio, tomaba sus consideraciones á uno y otro extremo. De los restantes gabinetes de Europa, la mayor parte apoyó con notas análogas las del diez de Abril; pero todos, excepto la Santa Sede, lo hicieron simplemente por cumplir, sin mira ulterior. Por esto, el canciller ruso, Gortchakof, sólo dió importancia á los despachos de Londres, Viena y París. Este último fué el que más irritó á Alejandro II, enterado ya de las proposiciones de alianza que Napoleón III dirigiera á Francisco José y que no había de perdonarle nunca. Pero, por de pronto, contuvo su cólera, para no dar motivo á una coalición, cuyas fuerzas hubiesen podido, en breve plazo, arrollarle, juntamente con su aliada Prusia, y adoptó la táctica de ganar tiempo, invitando, en su nota del veintiséis de Abril, á Inglaterra, Austria y Francia, á darle á conocer las bases del arreglo con que pensaban poner término á la revolución polaca. Sabía que no había de serles fácil ponerse de acuerdo, y, con efecto, emplearon en ello seis semanas, durante las que los polacos, envueltos con la esperanza del concurso europeo, luchaban con furor heroico, y los rusos, excitados hasta el paroxismo por la amenaza de una intervención extranjera, iban al combate como á una cruzada.

Al fin, el diez y siete de Junio presentaron las tres Cortes el proyecto de bases, que eran: amnistía general y completa; representación nacional, con poderes semejantes á los determinados en la carta de veintisiete de Noviembre de mil ochocientos quince; admisibilidad de los polacos á las funciones públicas; libertad de conciencia y supresión de las restricciones impuestas al ejercicio del culto católico; uso exclusivo de la lengua polaca, como lengua oficial en la administración, justicia y enseñanza; por último, establecimiento de un sistema de reclutamiento regular. Se acompañaba la petición de que este programa se discutiese en una conferencia, á que asistirían los ocho Estados firmantes del tratado de Viena, y el ruego de que no se negase el Czar á un armisticio. Mas no bastaba con haber formulado las bases; era menester que hubiese algo tras de ellas, y este algo es lo que buscaba Drouyn de Lhuys al proponer, el veinte de Junio, á los gabinetes de Londres y de Viena firmar un convenio, por el que las tres potencias se comprometiesen á continuar el arreglo de los asuntos polacos por la vía diplomática, ó de otro modo, si fuese necesario. Mas Inglaterra se negó á firmar; Austria siguió su ejemplo, y Napoleón III se quedó solo, habiendo ofendido de nuevo á Rusia con la presentación de un programa que no podía imponerle.

Enterado Gortchakof de la desavenencia entre las tres cortes, respondió el trece de Junio con la ridícula contra-proposición de que su señor exigía, para abrir la conferencia

sobre Polonia, la previa sumisión de los insurrectos, y que solamente tomarían parte en el coloquio los Estados que habían cooperado al reparto de aquel país. Drouyn de Lhuys quería replicar con una nota colectiva; los gobiernos de Londres y de Viena se negaron á suscribirla, limitándose las tres potencias á enviar á San Petersburgo, en los primeros días de Agosto, comunicaciones separadas, que, si bien de tono vivo, apenas hicieron mella en el canciller ruso.

Estaba éste muy seguro de que las tres cortes no se unirían para hacer la guerra al Czar. Observaba que, en Francia, el gobierno había salido algo quebrantado de las elecciones de treinta y uno de Mayo; que, en Inglaterra, la opinión pública estaba absorta en la cuestión de la reforma electoral; que, en Austria, daba mucho que hacer á Francisco José la oposición de Hungría. Por otra parte, el otoño estaba próximo; el mar Báltico dejaría de ser pronto navegable, y la mala estación no permitiría á los ejércitos austriacos y franceses ponerse en campaña. Por todas estas consideraciones, Gortchakof, prescindiendo de miramientos, respondió á las tres notas con el *memorandum* de siete de Septiembre, en que declaraba definitivamente cerrado el debate político sobre Polonia, y añadía, que solamente las simpatías de Europa por la insurrección explicaban la duración de ésta.

Semejante notificación era, especialmente para Francia, casi un insulto, que Napoleón habría vengado con gusto. Para ello, contaba á la sazón con el concurso de Inglaterra, disgustada en el asunto de los ducados, por haber decretado la Dieta, el primero de Octubre, ocupar militarmente el Holstein y el Lauemburgo, encomendando la ejecución de éste acuerdo á Austria, Rusia, Sajonia y Hannover. Para prevenir esta medida, el gabinete de Londres solicitó la intervención de Napoleón III, el cual, despechado por el fracaso de sus gestiones en lo de Polonia, respondió que prefería abstenerse á emprender una nueva campaña, al fin de la cual, cuando sería menester obrar, se le dejaría otra vez solo; mas dió á entender que si Inglaterra se decidía en definitiva á una manifestación formal á favor de Polonia, haría de su parte algo por Dinamarca. Esta indicación bastó al gobierno británico para anunciar, en los primeros días de Octubre, su propósito de notificar al Czar que le consideraba como destituido de sus derechos sobre Polonia, á causa de haber violado los compromisos contraídos por Alejandro I en mil ochocientos quince, y pedir á las cortes de París y de Viena que le secundasen dirigiendo al gabinete de San Petersburgo análoga declaración. Francia respondió que se asociaría gustosa á la manifestación propuesta siempre que Inglaterra tomase la iniciativa; Austria exigió más, exigió que Inglaterra y Francia se comprometiesen en forma á sostenerla con sus ejércitos, caso de que Rusia y Prusia le declarasen la guerra. El gobierno inglés retrocedió: viendo lo cual, Rechberg, que no quería continuar un día más bajo la presión de las amenazas rusas, se apresuró á responder al *memorandum* del siete de Septiembre, con-